

ETOLOGÍA HUMANA

José M^a Martínez Jiménez

El comportamiento humano es muy complejo y explicarlo, por tanto, se hace tarea difícil al tener que barajar la multitud de factores que lo condicionan. Uno de los aspectos que repercute especialmente en el análisis comportamental del individuo, es precisamente la percepción y autorreflexión que este tiene sobre dicho comportamiento, y la consciencia de sí mismo en contraposición con los demás y su entorno. También influyen en las distintas formas de percibir dicha información, factores pertenecientes al mundo de las ideas, como las normas (leyes o normas morales), nuestra posición en la estructura social a la que pertenecemos, la experiencia,... La mente humana se caracteriza por su tendencia a repetir comportamientos exitosos, creando una «rutina» que todos tendemos a tener. La ciencia de la Psicología es la que dedica sus esfuerzos a la apasionante tarea de estudiar al ser humano en esos aspectos. En múltiples ocasiones se define la psicología como «*el estudio del comportamiento humano*», pero la palabra comportamiento o conducta se refiere a todo aquello que «*hace*» un individuo, a nivel externo u observable, y por tanto se limita así misma por el uso mismo de la palabra, y excluye el estudio de todos los procesos internos, vivencias, experiencias, alejados de la definición de conducta de notables investigadores como Donald Olding Hebb (1904-1985), considerado como padre de la psicobiología cognitiva y curiosamente opuesto al conductismo radical, que describen conducta «*como todo movimiento muscular o glandular*». Según esto el llanto es una conducta, no así el sufrimiento que es una experiencia interna. Así mismo escribió: «*La Psicología moderna reconoce tácitamente que la conducta y la función neural están perfectamente correlacionadas. No existe un alma separada o una fuerza viviente que introduzca el dedo en el cerebro de vez en cuando y haga que las células nerviosas hagan lo que no harían en forma normal. Se puede concebir que algún día esta presunción podrá ser desechada. Pero es importante también ver que ese día no ha llegado todavía... Uno no puede ser determinista en Física y en Química y ser un místico en Psicología*»¹.

Definir de forma precisa qué es la psicología nos llevaría mucho tiempo. A cambio dedicaremos ese tiempo a analizar los comportamientos menos conscientes o que realizamos sin necesidad de un proceso previo de pensamiento y decisión. La ciencia que se ocupa de este estudio es la Etología Humana, que descrita por Linda Mealey, presidenta de la Sociedad Internacional de Etología Humana (ISHE), «*se ocupa del estudio de los comportamientos de las personas desde su aspecto biológico e innato, y por ello, independiente de la cultura en la que se desarrolle el individuo.*»

La etología tiene muy difícil acceder a ese conjunto de experiencias, sensaciones o vivencias internas de las que antes hablábamos por ser sus objetos de estudio animales y por tanto es una forma de estudiar el comportamiento bastante conductista. La etología como ciencia es muy reciente, fundada por Konrad Lorenz y Nikolaas Tinbergen en los años 30. En 1973, ellos junto a Karl von Frish, recibieron el premio Nobel de Medicina por sus descubrimientos y teorías con respecto a la explicación del comportamiento animal.

La etología estudia el comportamiento con la Teoría de la Evolución como base teórica. Con esta perspectiva se puede ampliar la comprensión del porqué del comportamiento humano. Por ejemplo, gracias al estudio con animales hoy podemos

¹ Ver: <http://www.univalle.edu/noticias/journal/journal6/pag8.htm> (13 de julio 2004)

explicar de modo satisfactorio las relaciones y las respuestas de un bebé humano en sus relaciones con sus padres durante los primeros años de vida y gran parte de las reacciones y del comportamiento infantil. Las diferentes respuestas sexuales en humanos de uno y otro sexo se ajustan muy bien a las explicaciones que aporta la etología, incluso podemos explicar estructuras sociales actuales valiéndonos de hipótesis que asignan importantes valores adaptativos muy considerables en cuanto al éxito reproductor de cada uno de los individuos de dicha sociedad se refiere.

Hay tres conceptos básicos en los que se apoya la etología para elaborar sus propuestas y explicaciones. Uno de ellos es el de *Eficacia biológica*, este está íntimamente relacionado con el de éxito reproductor. Según este concepto, un individuo tiene una mayor eficacia biológica cuantas más copias de sus genes sea capaz de transmitir o fijar en la generación siguiente. Esta idea, unida al conocimiento de que existen ciertos comportamientos modulados por completo o al menos en parte por los genes, nos indica que el proceso evolutivo de las especies no solo se ve afectado por las estructuras morfológicas, fisiológicas o anatómicas. No obstante, en gran medida, ha sido la variabilidad comportamental la que ha servido de substrato diferencial sobre el que ha actuado la selección natural. De este modo podemos esperar que las conductas más básicas y menos elaboradas a partir de un proceso de pensamiento y decisión, respondan con bastante frecuencia a estrategias comportamentales que aportan un alto valor adaptativo de cara al aumento de la eficacia biológica del individuo (que es el que se reproduce).

El segundo concepto es una novedad que incluye la etología en el estudio del comportamiento según este discurso, se trata de la *Eficacia biológica inclusiva*. Se trata de dar un paso más en la consideración del hecho reproductor. Si reproducirse es dejar cuantas más copias de nuestro conjunto de genes en la generación posterior, esto se puede hacer de varias formas. Hablamos de *Eficacia biológica directa*, cuando consideramos las copias procedentes del propio individuo (el hecho reproductor clásico), pero también podemos considerar una *Eficacia biológica indirecta*, cuando además de las copias del individuo se tienen en cuenta las copias de sus genes que sus parientes dejan cuando son ellos los que se reproducen de forma directa. Todos sabemos que compartimos una cierta cantidad de genes con nuestros parientes más cercanos, y que dependiendo de la relación de parentesco que tengan estos parientes con nosotros, compartimos mayor o menor número de genes con ellos. Esto es así porque el sistema de reproducción sexual, que comparten todos los metazoos, funciona mezclando genes de dos individuos, para obtener otro. Por ese motivo, cada uno de nosotros comparte con cada uno de sus padres sólo un 50% de sus genes, y con su hermano o hermana en caso de tenerla también el 50%. Conforme las generaciones se van sucediendo, estos porcentajes se van reduciendo, de modo que un nieto o un sobrino solo comparte un 25% de nuestros genes. Todo esto se completa con la tercera idea que más que esto es una teoría en sí misma, y es la del *gen egoísta*. Procede este nombre de un libro con el mismo título publicado por el etólogo **Richard Dawkins**¹, en 1976, en el que se divulgaban las tesis de la *Sociobiología* expuestas anteriormente por **E. O. Wilson** en 1975 con su libro «*Sociobiología*»². Es muy simple pero a su vez de una rotundidad aplastante. El factor determinante en la evolución no es el bien de la especie o grupo, sino el bien del individuo o gen. La selección natural no actúa sobre las especies (selección de grupos), sino sobre los individuos en función de los genes que estos expresan.

¹ DAWKINS, R. (2000): *El gen egoísta. Las bases biológicas de nuestra conducta*, Salvat Editores.

² WILSON, E. O. (2000): *Sociobiología: La nueva síntesis*, Omega.

Se puede adoptar por tanto una idea de individuo como simple herramienta diseñada por los genes para su propia supervivencia en el tiempo, por tanto los «genes altruistas» se extinguen en beneficio de los «genes egoístas» que predominarán en el grupo. Esto es compatible con que el grupo pueda adquirir en su conjunto un comportamiento social o incluso cooperativo con otros individuos, puesto que esto ocurre en virtud del interés propio de cada uno de ellos por aumentar sus posibilidades de supervivencia, pero no ocurre por el interés del grupo sino por el de cada uno de los individuos.

De esta forma, se ha demostrado que en poblaciones naturales de determinadas especies hay individuos que durante una temporada de cría no se reproducen y se ocupan de ayudar en la cría de hermanos o sobrinos. Este comportamiento no se comprendía desde la perspectiva del *gen egoísta*, puesto que realmente estos individuos invertirían mucho tiempo y energía en esta labor, a cambio de ningún beneficio directo. Hoy en día se puede explicar en función de un beneficio al incrementarse la eficacia biológica inclusiva de modo indirecto. Normalmente se trata de individuos jóvenes con poca experiencia cuyo éxito hubiera sido escaso de haber criado sus propios descendientes, y que con esta estrategia se aseguran al menos que en esa temporada de cría, las copias de sus genes contenidas en sus hermanos o sobrinos (o incluso nietos), salgan adelante con las mayores garantías posibles. Se confirma por tanto, que casi todo lo que los individuos hacen, lo hacen en pro de aumentar su propia eficacia biológica.

En los humanos ocurre tanto de lo mismo, el «amor» que podemos sentir por nuestros nietos o sobrinos no es gratuito y desinteresado, pues de alguna manera se trata de procurar que nuestros genes en ellos incluidos sobrevivan lo mejor posible. Puede que suene algo frío un análisis como este de las relaciones familiares pero no se trata de hacer literatura sentimentalista, sino de vislumbrar las orígenes y causas de este tipo de comportamientos desde un punto de vista evolutivo. Incluso se pueden explicar comportamientos violentos, incluso dentro del seno familiar³. Según **Dawkins** (en la foto) «*solo el hombre puede revelarse contra la tiranía de los genes egoístas*»⁴, debido a la consciencia y a la acción de la *cultura* como otro factor que tiende a replicarse en el tiempo y que tiene amplios efectos sobre nuestro comportamiento



Un ejemplo de comportamiento «inexplicable» (y ahora seré un poco menos serio), es el ritual de búsqueda de pareja y cortejo que en las sociedades industrializadas se realiza en gran medida en el interior de locales nocturnos, a saber, como animales posando y compitiendo por el sexo opuesto como faisanes en sus «arenas de cortejo». A pocos se les escapa que en esos locales abunda casi todo menos la comodidad: Calor, apreturas y empujones, sonido altísimo que casi impide el atender los propios pensamientos, humo, ausencia o escasez de asientos o percheros (por regla general), contribuyen a ello. Además los precios no suelen ser bajos, y si a eso le unimos los riesgos de peleas o de que alguien en estado de embriaguez nos amargue la noche, resulta ciertamente difícil explicar porqué a pesar de todo ello, se elige sin discusión alguna este tipo de locales. Más difícil de explicar aún, cuando existen locales donde poder hablar a precios razonables y sin incomodidades como las anteriormente descritas.

³ DALY, M. y WILSON, M. (2003): *Homicidio*, Fondo de cultura económica.

⁴ Ver: <http://evolutionibus.eresmas.net/EvolucionBiologica.html> (13 de julio 2004)

En tal caso, ¿qué beneficios obtenemos como individuo, cuando nos cansamos de estar de pie sin escucharnos a nosotros mismos ni a los demás, destruyendo células nerviosas auditivas y alvéolos pulmonares y nos gastamos rápidamente el fruto de nuestro esfuerzo en la barra, arriesgándonos a ser molestados en exceso o incluso quemados por algún cigarrillo despistado?

La respuesta es sencilla, el sexo. Evidentemente en este ambiente es más fácil encontrar pareja, aunque solamente sea por una mera cuestión de número y posibilidades. En ese sentido actuamos de forma directamente animal, compitiendo unos por otros, exhibiendo como pavos reales nuestras mejores galas y atributos, potenciando nuestras feromonas con otras de origen externo (perfumes), invitándonos los unos a los otros a todo tipo de cosas, como si de prendas de cortejo a modo de ofrendas se tratase y reaccionando ante una vorágine de estímulos de forma consciente o no. En estos lugares se unen factores que determinan finalmente una respuesta favorable (a pesar de las incomodidades), como pueden ser: la concentración de feromonas naturales (imperceptibles de forma consciente pero indudablemente presentes en grandes cantidades y potenciadas por el sudor), la percepción consciente de una infinitud de estímulos sexuales, algunos exagerados, presentes en los cuerpos e indumentarias de una multitud de individuos del sexo opuesto (la gran mayoría de ellos en una misma actitud de alerta). No es de extrañar por tanto, que la pérdida de intimidad al superarse nuestra distancia personal, incluyendo roces, e incluso empujones, no nos suponga una molestia, rodeados de tanto estímulo. Por ejemplo, la luz tenue, presente en todos los locales a los que nos referimos, contribuye a dilatar las pupilas de todos los presentes, lo cual constituye un signo inequívoco de atracción sexual a quien las contempla. El alcohol ayuda a algunos a aumentar su capacidad para relacionarse con los demás y suele abundar incluso en exceso. Por otro lado encontramos las motivaciones de tipo social que indudablemente afectan, aunque no serían objeto de nuestro análisis por estar directamente relacionadas con aspectos culturales que no son estudiados por la Etología humana. Fundamentalmente afectan en una etapa del desarrollo social en la que los esquemas básicos se establecen definitivamente e intentamos fijar nuestra posición respecto de los demás. Somos individuos gregarios, lo cual nos lleva a agruparnos porque de ese modo contamos con ventajas adicionales procedentes del grupo. Así, hay quien considera «bichos raros» a aquellos que evitan o reniegan de estos locales, con lo cual estos individuos sufren rechazo o acaban siendo aislados al no integrarse en el comportamiento compartido del resto.

En conclusión, para entender los comportamientos «inexplicables» del ser humano contamos con otras armas además de la psicología. Somos animales nos guste o no reconocerlo, aunque seamos un poquito especiales, dicho sea de paso. En esas diferencias con el resto de los seres vivos, debemos apoyarnos para comprender la singularidad de nuestra existencia. La consciencia nos puede ayudar a descubrir que no somos tan diferentes como pensamos y que tampoco eso nos quita humanidad, sino todo lo contrario. Pero en pro de la sensibilidad y de la huída del conductismo radical no podemos ni debemos obviar que somos producto de una selección natural, que no distingue de razones ni sensibilidades y que nos ha llevado a ser lo que somos que no es poco. En definitiva, apartándonos un poco de las bromas y las anécdotas, la ciencia nos enseña, sin excluir otras formas de percibir la realidad, que en ocasiones el mero hecho de cuidar de tu sobrina cuando tu hermano trabaja, salir de copas con los amigos o estar enamorado, no es algo tan cargado de altruismo, amistad y alegría, o amor incondicional (profundo y misterioso), como se podría pensar, aunque nadie repare en ello.